

Miscelánea - Muerte

La ultratumba

Según dicen los que saben, los enterradores confundieron los muertos. Palada va, palada viene, han metido a Nenona Santamaría en la tumba de Froilán Rotundo, y Froilán Rotundo ha ido a parar a la tumba de Nenona Santamaría.

La virtuosa mujer, que yace bajo la lápida del canalla, no recibe flores ni visitas. El, hombre de infame memoria en todo el golfo de Maracaibo, tan malo que la gente hacía cola para odiarlo, tiene un jardín encima y nunca le faltan dolientes con quienes conversar.

A Socorrito, la hija de Nenona, le suena rara la voz de la mamá, un vozarrón de matón borracho, pero ha de ser la muerte, piensa, que la ha dejado ronca. Sentada en el suelo, junto al mármol tapado por la florería, Socorrito cuenta tristuras y recibe consejos.

Le gusta la ropa ajena:

— Róbala.

El padre está gagá:

— Échalo.

El pueblo la aburre:

— Quémalo.

El bebé no la deja dormir:

— Martíllalo.

La vecina miente:

— Mátala.

El marido huele a perfume de otra:

— Destrípalo.

Ella se siente fea:

— Suicídate.

El ginkgo

El ginkgo, el más antiguo de los árboles, está en el mundo desde la época de los dinosaurios. Dicen que sus hojas de abanico alivian el asma, el dolor de cabeza y los achaques de la vejez.

Y está probado que esas hojas son, también, el mejor remedio contra la mala memoria. Cuando la bomba atómica convirtió a la ciudad de Hiroshima en un desierto de negrura, un viejo ginkgo cayó fulminado cerca del centro de la explosión. El árbol quedó tan calcinado como el templo budista que el árbol protegía. Tres años después, alguien descubrió que una lucecita verde asomaba en el carbón. El ginkgo muerto había dado un brote. El árbol renació, abrió sus brazos, floreció. Ese sobreviviente de la matanza sigue estando ahí.

Los ciclos

Para cuándo, preguntaba ella, para cuándo.

Una vez por semana, Miguel Migliónico pasaba por allí. La encontraba siempre en el zaguán, clavada a su sillón de mimbre, de cara a la calle, y doña Elvirita lo acosaba con preguntas sobre el embarazo de su mujer:

- ¿Para cuándo?
- Para junio, parece.
- ¿Qué día?
- Tanto, no se sabe.

Blanca ropa, pelo blanco, siempre lavada y planchada y peinada, doña Elvirita irradiaba paz y solera, señorío del tiempo, y daba consejos:


- Tóquele la panza, que trae suerte.
- Que tome cerveza negra, o malta, para que dé buena leche.
- Hágale los gustos, todos los antojos, que si la mujer se traga las ganas, sale la cría manchada.

Cada viernes, doña Elvirita esperaba la llegada de Miguel. La piel, que le envolvía el cuerpo como un humo rosado, traslucía el ramaje de las venitas alborotadas por la curiosidad:

- ¿Cómo está ella? ¿Está linda? Y la barriga, ¿la tiene en punta? Entonces, no falla: será varón.

Soplaban fríos los vientos del sur, el otoño se estaba yendo de las calles de Montevideo.

- Ya falta poco, ¿no?
- Poco, doña, muy poco.



Una tarde, Miguel pasó muy apurado:

— Dice el médico que es cuestión de horas. Hoy, o mañana.

Doña Elvirita abrió grandes los ojos:

— ¿Ya?

Al viernes siguiente, el sillón de mimbre estaba vacío. Doña Elvirita había muerto el 17 de junio de 1980, mientras en casa de los Miglónico nacía un niño que se llamó Martín.

El cortejo

A los muertos se les da por quedarse.

En Haití, donde hay mucha gente y poco sitio, una antigua costumbre manda que el cortejo de los dolientes no lleve el ataúd en línea recta al cementerio. Para que el muerto no se haga el vivo, el cortejo da muchas vueltas, por aquí, por allá, y así despista al difunto, que no podrá encontrar el camino de regreso a casa.

El salame

Sarah Tarler Bergholz era muy bajita. Ella no tenía que sentarse para que sus nietos le cepillaran la melena, que en caracoles caía desde la cara simpática hasta el ombligo.

Sarah estaba tan gorda que ya ni podía respirar. En un hospital de Chicago, el médico le dijo lo que era evidente: para recuperar la proporción entre la estatura y el volumen, debía hacer una dieta rigurosa y eliminar las grasas.

Ella tenía voz de seda. Sus más enérgicas afirmaciones parecían confidencias. Hablando como en secreto, miró fijo al médico, y dijo:

— Yo no estoy segura de que la vida valga la pena sin salame.

Murió, abrazada a su perdición, el año siguiente. Le falló el corazón. Para la ciencia, el caso estaba claro; pero nunca se sabrá si el corazón estaba hartado de salame, o cansado de darse.

Ventana sobre la memoria

I

A orillas de otro mar, otro alfarero se retira en sus años tardíos.

Se le nublan los ojos, las manos le tiemblan, ha llegado la hora del adiós. Entonces ocurre la ceremonia de la iniciación: el alfarero viejo ofrece al alfarero joven su pieza mejor. Así manda la tradición, entre los indios del noroeste de América: el artista que se va entrega su obra maestra al artista que se inicia.

Y el alfarero joven no guarda esa vasija perfecta para contemplarla y admirarla, sino que la estrella contra el suelo, la rompe en mil pedacitos, recoge los pedacitos y los incorpora a su arcilla.

II

¿Un refugio?

¿Una barriga?

¿Un abrigo para esconderte cuando te ahoga la lluvia, o te parte el frío, o te voltea el viento?

¿Tenemos un espléndido pasado por delante?

Para los navegantes con ganas de viento, la memoria es un puerto de partida.